

EL CONSEJERO DE LA OTAN

La complicidad del International Crisis Group

El primer secretario general de la OTAN, el primer barón de Ismay, prometió en 1952 que «ni un barco, ni un avión, ni un arma» serían utilizados por la Alianza del Atlántico Norte para otro fin que la autodefensa. «No existe margen alguno para aventuras agresivas», afirmó. «Ello no entra en nuestra cabeza»¹. Este planteamiento de la Guerra Fría no duró mucho tras la caída del Muro de Berlín. A principios de 1992, con los vuelos efectuados sobre Yugoslavia, la OTAN se aventuró «fuera de su área» en Bosnia, Kosovo y Macedonia, en Afganistán e Iraq, tras las respectivas invasiones, e incluso en Somalia y Sudán. Las fuerzas de la Alianza, se han convertido en las fuerzas auxiliares preferidas de Washington para su «nuevo orden mundial» expansionista y hoy se despliegan «allí donde se las necesita»². Los instigadores de esas campañas han abandonado la escena, excepto en lo que se refiere a extrañas apariciones como las de los señores Clinton y Bush proponiendo que se asaltara militarmente Haití o el enviado de paz Blair defendiendo la guerra contra Irán. Sin embargo, muchos de sus consejeros siguen en sus puestos, e incluso conservan una inmerecida legitimidad.

Un ejemplo prominente es el instrumento para la «prevención de conflictos», el International Crisis Group. Aparentemente, el ICG representa un ejemplo particularmente exitoso de incursión de las organizaciones no gubernamentales en los asuntos geopolíticos. Un vástago de mediados de la década de 1990 de un *think tank* del *establishment* estadounidense, la Carnegie Endowment for International Peace, el ICG pretende ofrecer «un nuevo pensamiento estratégico» sobre las situaciones de conflicto ayudado por una red global de seguimiento existente en sesenta países y en condiciones de ejercer presión en Washington, Nueva York, Bruselas y Londres. La mitad de su presupuesto anual de 16 millones de dólares proviene de los gobiernos, fundamentalmente de países miembros de la OTAN incluidos Estados Unidos y Gran Bretaña; cuenta además con donantes procedentes del mundo empresarial entre los

¹ Véase el texto de la conferencia de Ismay a los corresponsales franceses el 12 de junio de 1952, así como sus declaraciones en Roma en octubre de ese mismo año; ambas disponibles en la página web de la OTAN. Quiero agradecer aquí a John Sidel por sus comentarios a la hora de redactar este artículo.

² NATO, «Prague Summit Declaration», 21 de noviembre de 2002.

que se cuentan RBS, Chevron y BHP Billiton; el financiero multimillonario George Soros es uno de sus patrones principales³. La organización se presenta como independiente y no partidista, pero ha defendido persuasivamente las guerras de la OTAN recibiendo un efusivo elogio en ambas orillas del Atlántico. Kofi Annan habló en nombre de toda la institución cuando alabó al ICG como una «voz de la conciencia global y una fuerza genuina para la paz». Los crédulos medios de comunicación occidentales también encuentran su momento para el servilismo. El *Financial Times* elogia el «inveterado realismo» del Grupo, la BBC su investigación «extraordinaria» y «esencial». *The Washington Post* alaba sus «excelentes reportajes» para la valoración crediticia de los inversores de los Estados proclives al conflicto. *The Guardian*, señalando admirativamente que «la investigación es genuinamente original», muestra su entusiasmo: «Ojalá pueda seguir haciendo su trabajo durante mucho tiempo»⁴.

Tales alabanzas parecerían sin duda baladíes, dada especialmente la sospechosa composición del consejo directivo del ICG: un elenco lamentable incluso a tenor de los estándares actuales de la política internacional. El presidente saliente, Gareth Evans, fue el principal apologista occidental de Suharto en Timor Oriental, durante su cargo como ministro australiano de Asuntos Exteriores. El copresidente, Thomas Pickering, fue un de los hombres de Reagan en las guerras sucias de América Central, como embajador en El Salvador y antiguo intermediario con los pistoleros de la Contra. (Esto debió convertirse en un hábito, porque una vez retirado Pickering vendió armas en el extranjero para Boeing.) El comité ejecutivo incluye en su nómina a Mort Abramowitz, el confeso «intervencionista agresivo» y antiguo pirómano del Departamento de Estado que consiguió los misiles Stinger para los muyahidines afganos; anteriormente, como embajador en Tailandia, había sido esencial para la política estadounidense de apoyo a Pol Pot contra el régimen instalado por los vietnamitas. También se hayan incluidos fervorosos partidarios de la paz como Zbigniew Brzezinski, asesor de Seguridad Nacional de Carter; el veterano neoconservador Ken Adelman; Richard Armitage, vicesecretario de Defensa con Reagan y subsecretario de Estado con George W. Bush; el general retirado de la OTAN Wesley Clark, el hombre que bombardeó Belgrado, además de otros amigos extranjeros como Aleksander Kwaśniewski, el promotor del ingreso polaco en la OTAN y en la UE. No cabe, pues, asombrarse de que el secretario de Estado Colin Powell afirmase en una recepción del ICG en el Departamento de Estado celebrada en 2003 que se trataba de «algo así como una reunión»⁵.

Estos furtivos convertidos en guardas forestales conservan su afinidad con el «lazo trasatlántico». En la era postsoviética pueden haber perdido un

³ Su informe anual de 2008 reconocía que el Grupo «dependía demasiado de las subvenciones de los gobiernos. Los materiales del ICG provienen de su página web a no ser que se indique lo contrario.

⁴ «In Praise of the International Crisis Group», *The Guardian*, 23 de marzo de 2009.

⁵ «Veo a tantos amigos aquí esta noche con quienes he tenido el placer de trabajar durante estos años», añadió. El texto se halla disponible en la página web del ICG.

enemigo, pero el ICG ha encontrado una tarea que desempeñar: primero la «guerra humanitaria», después la Guerra contra el Terror. Los veteranos de la Guerra Fría del ICG explotan su recién estrenado estatus de negociadores de paz para batir los tambores de la marcha hacia el futuro de la Alianza. Desde su captura de la Alemania unida en 1990, la OTAN ha absorbido a la totalidad de los países satélites del Pacto de Varsovia. La neutral Yugoslavia demostró ser demasiado dura de quebrar, pero una serie de «operaciones de respuesta a la crisis» ha empujado firmemente a los Balcanes occidentales a formar parte de la OTAN y de la UE. La contribución de la diplomacia de las cañoneras del ICG al entorno generalmente permisivo para las operaciones militares occidentales no puede cuantificarse con exactitud. El ICG afirma que la mitad de sus recomendaciones son aceptadas, al menos en parte, en el plazo de un año: ponderación sin duda excesivamente generosa, la acogida oficial no siempre significa sin embargo un servicio distinguido. En realidad, para las redacciones desprovistas de corresponsales extranjeros y mal servidas por la moda académica de los modelos estadísticos y las abstracciones de la teoría de juegos, los reportajes de acceso libre elaborados sobre el terreno por el ICG pasan por ser los de una autoridad «independiente», dotados además según todas las apariencias de unas credenciales humanitarias. Sin embargo, una reevaluación de la trayectoria del Grupo despojada de los lugares comunes habituales demostrará que sus principales miembros son todavía furtivos.

Orígenes

La publicidad del ICG invoca la mala gestión del conflicto después de la Guerra Fría como el imperativo para su constitución. Ruanda se ofrece a menudo como ejemplo, aunque el trabajo preparatorio en el seno de la Carnegie Endowment antecede al genocidio de 1994. De hecho, el crisol para la nueva organización no fue África sino Europa. Una historia del ICG publicada en 2010 para celebrar los primeros quince años del Grupo «en la línea de frente» reconoce que Bosnia «definió de modo esencial sus primeros años». La narración se abre con el presidente de la Carnegie Mort Abramowitz en el Sarajevo asediado de principios de 1993 inspeccionando la actividad de las ONG en nombre de la red de Open Society, la organización de George Soros, junto con el hombre-para-todo Mark Malloch Brown, que poco después se incorporaría al Banco Mundial.

En ese momento Washington se afanaba por desbaratar los intentos europeos de gestionar la fisura yugoslava. Para Estados Unidos, la preservación de la OTAN como «instrumento primordial de la defensa y la seguridad occidentales» significaba neutralizar las propuestas de Maastricht sobre los recursos militares de la UE⁶. El ICG reconoció más tarde que Estados Unidos

⁶ Patrick Tyler, «Us Strategy Plan Calls for Insuring No Rivals Develop», *The New York Times*, 8 de marzo de 1992.

intervino en Bosnia «para salvar la Alianza Atlántica de su desintegración»⁷. El gobierno del primer Bush agudizó la crisis al animar activamente a su cliente musulmán bosnio a renegar de un acuerdo de cantonización auspiciado por la Comunidad Europea. Ante el hundimiento de la propuesta europea el momento de la OTAN, que ya controlaba la zona de exclusión aérea decretada por Naciones Unidas, se dibujó en el horizonte. Abramowitz actuó a modo de barómetro: su nueva organización abogaría por la «acción inmediata» en nombre de la «comunidad internacional»⁸. En la literatura del ICG el término rápidamente se condensó en los miembros de la Alianza. La cumbre de la OTAN de enero de 1994 confirmó su disponibilidad a librar una guerra aérea contra los serbo-bosnios, al tiempo que estipulaba nuevos acuerdos de asociación con el antiguo bloque de Europa oriental, que denominó estos acuerdos «Partnerhship for Peace».

El ICG se conformó al hilo de la preparación de los ataques aéreos de la OTAN contra las posiciones serbo-bosnias de agosto y septiembre de 1995. Abramowitz negoció 200.000 dólares con Soros y envió a Steve Solarz –copatrocinador de la Gulf War Authorization Act y anteriormente presidente de un influyente comité del Congreso sobre la política estadounidense en Asia sudoriental– a que solicitase donaciones de gobiernos amigos. Los debates iniciales sobre la posibilidad de jugar un papel activo en las operaciones de ayuda se evaporaron. Un grupo de reflexión constituido en Londres en enero de 1995 –al que asistieron luminarias como Bernard Kouchner, exponente pionero del *droit d'ingerence*– definió una agenda centrada en recomendaciones: «determinar las fuerzas que impulsan los conflictos y persuadir a la comunidad internacional para que emprenda acciones eficaces». La historia oficial captura límpidamente el *esprit de corps* de la nueva organización:

En muchos aspectos el nuevo grupo era único por lo que no era: no pretendía prestar asistencia humanitaria; no era un organismo mediador; no era una organización de derechos humanos; y no se mostraba reacio [*sic*] a recomendar la intervención militar internacional para poner punto final a los conflictos.

Como explicó el miembro del consejo directivo William Shawcross en *The New York Review of Books*, la idea era «persuadir a los gobiernos para que hicieran lo que creían que debía hacerse, si era necesario tomando medidas militares»⁹.

Armado con otro millón de dólares donado por Soros, el ICG llegó a Sarajevo en febrero de 1996 para supervisar los Acuerdos de Dayton patro-

⁷ ICG, «No Early Exit: NATO's Continuing Challenge in Bosnia», 22 de mayo de 2001.

⁸ ICG, «Fifteen Years on the Front Lines».

⁹ William Shawcross, «A Hero of Our Time», *NYRB*, 30 de noviembre de 1995. El voluble Shawcross, quien al principio de su carrera criticó ferozmente los bombardeos de Camboya decididos por Nixon, apoyaría después fervientemente el brutal y terrorífico asalto contra Iraq alentado por Bush.

cinados por Estados Unidos. El acuerdo de paz permitió que una «fuerza de implementación» de 60.000 efectivos dirigida por la OTAN, inicialmente dotada de un mandato de un año, junto con un «Alto representante», se hiciera cargo de erigir un nuevo Estado de acuerdo con las prescripciones occidentales: elecciones libres y una economía de libre mercado. La curiosa elección como jefe de proyecto por parte del ICG fue sir Terence Clark, el hombre de Gran Bretaña en Bagdad en los cordiales años previos a la invasión de Kuwait. En el plazo de algunas semanas, Clark abogó porque el mandato del IFOR (Fuerza de Implementación) –todavía no concluido en su tercera parte– se extendiese «al menos seis meses», el cual pronto se convirtió en dos años¹⁰. Propuso también que se pospusieran las elecciones alegando que la probable victoria de los nacionalistas radicales debilitaría la ya inestable integridad territorial de Bosnia. Clark añadió que el respaldo popular haría que las elites locales «se mostrasen todavía menos receptivas a la injerencia exterior». Las potencias ocupantes rechazaron tajantemente la propuesta, pero el ICG se sintió encantado por haber hecho su aparición de modo revelador¹¹.

La Fuerza Aliada

La insurgencia del Ejército Kosovar de Liberación y el control serbio de la provincia yugoslava de Kosovo se intensificaron a principios de 1998, proporcionando a la OTAN una nueva oportunidad para la injerencia en los Balcanes. En Capitol Hill, los legisladores ya habían condicionado el levantamiento de las sanciones contra Belgrado al «progreso sustancial» realizado en pro de la creación de un protectorado internacional sobre Kosovo¹². El ICG se esforzó para que fuese posible. Una vez que el Consejo del Atlántico Norte hubo afirmado su «interés legítimo en los acontecimientos» en marzo de 1998, el ICG proclamó que la implicación de la Alianza era «esencial» y abogó por el despliegue de la OTAN a lo largo de la frontera albanesa, por la realización de ejercicios militares en Estados vecinos y por una declaración de Clinton sobre la disponibilidad estadounidense de involucrarse en la guerra¹³. La OTAN efectuó de hecho maniobras en Albania en dos ocasiones ese verano, culminando su política de alto riesgo con la autorización de ataques aéreos en octubre. A pesar del alto el fuego, el ICG presentó a continuación una demanda legal de desvinculación de Kosovo de Belgrado y comenzó a planificar en serio una «sólida» ocupación de la provincia por la OTAN tras la celebración de las conversaciones de Ram-

¹⁰ ICG, «Military Security Post-IFOR», 15 de abril de 1996, disponible en Forced Migration website; «Elections in Bosnia and Herzegovina», 22 de septiembre de 1996.

¹¹ ICG, «Why the Bosnian Elections Must Be Postponed», 14 de agosto de 1996; «Fifteen Years on the Front Lines», cit.

¹² Foreign Operations, Export Financing and Related Programs Appropriations Act, 1996, citado en ICG, «Kosovo Spring», 20 de marzo de 1998.

¹³ Comunicado de prensa del Consejo del Atlántico Norte, «Statement on the Situation in Kosovo», 5 de marzo de 1998. ICG, «Kosovo Spring», cit.

bouillet, confiando en que la renovada amenaza de bombardeos forzaría a Milošević a firmar el texto redactados por ingleses y franceses¹⁴. El grupo defendió posteriormente el ataque aéreo de la OTAN lanzado en marzo de 1999 como «más que justificado», culpando a Belgrado de la situación de estancamiento, sin pronunciar entretanto una palabra sobre la provocadora insistencia de los aliados en la libertad de movimiento a través de la totalidad de Yugoslavia¹⁵. La llamativa ausencia de cobertura legal era, a lo sumo, lamentable. Gareth Evans advirtió posteriormente al Consejo de Naciones Unidas que «no cometiera el error» de nuevo¹⁶.

La ilegal acción militar de la OTAN demostró ser embriagadora. A mediados de abril, el ICG urgió a que se produjera una intensificación del esfuerzo bélico: la invasión inmediata por tierra de Kosovo, con mayor probabilidad desde Albania. El objetivo era constituir «un protectorado internacional garantizado por las tropas de tierra de la OTAN» sin más negociación con Belgrado. La resolución sobre el «estatus final» de Kosovo podía esperar, se afirmó; fórmula que las potencias occidentales acordarían aplicar finalmente¹⁷. Pocas semanas después el ICG elevó una vez más los envites. Ante el temor de que los aliados pudieran maniobrar con Milošević —«la Alianza se está quedando sin objetivos que bombardear»— propuso la invasión de la propia Serbia desde el norte a través de la provincia de Voivodina. Las consecuencias habrían sido explosivas, pero la organización ya había dejado claro su deseo de que se produjera un cambio de régimen en Belgrado mostrando su preferencia por una guerra de mayor envergadura antes que por una paz de compromiso que pudiera arrebatarse Kosovo al control de la OTAN¹⁸. A la postre, Milošević se aferró al poder durante otros dieciséis meses. Se trató, sin embargo, de una invitación a la guerra por parte del ICG en toda regla.

¹⁴ ICG, «Intermediate Sovereignty as a Basis for Resolving the Kosovo Crisis», 9 de noviembre de 1998. El documento fue confeccionado en su nombre por el Public International Law and Policy Group, otra agencia de la Carnegie Endowment financiada por Soros. ICG, «Kosovo. The Road to Peace», 12 de marzo de 1999.

¹⁵ ICG, «After Milošević. A Practical Agenda for Lasting Balkans Peace», 2 de abril de 2001; «War in the Balkans. Consequences of the Kosovo Conflict and Future Options for Kosovo and the Region», 19 de abril de 1999. El anexo militar a la propuesta de los Acuerdos de Rambouillet estipulaba que «el personal de la OTAN disfrutaría, junto con sus vehículos, barcos, aviones y equipo, de un derecho irrestricto de circulación y de total acceso en toda la República Federal de Yugoslavia, incluido su espacio aéreo y sus aguas territoriales. Ello incluirá, pero no se hallará limitado a, el derecho de campamento, el ejercicio de maniobras, el alojamiento de tropas y la utilización de cualquier tipo de área y de todo tipo de instalaciones que sean necesarias». Reproducido como Apéndice 2 del Decimocuarto Informe del Comité Especial de Defensa de la Cámara de los Comunes, «Lessons of Kosovo», 24 de octubre de 2004. Los parlamentarios comentaron: «Si el documento se lee literalmente, podría permitir el estacionamiento de fuerzas occidentales en Serbia o en la propia ciudad de Belgrado».

¹⁶ Gareth Evans, *The Responsibility to Protect. Ending Mass Atrocity Crimes Once and for All*, Washington DC, 2008, p. 146.

¹⁷ ICG, «War in the Balkans», cit.

¹⁸ ICG, «Milošević's Aims in War and Diplomacy», 12 de mayo de 1999.

Entretanto, el ICG había intentado también promover los *casus belli* de la Alianza mediante un proyecto de investigación de 1,4 millones de dólares financiado por la UE sobre los supuestos crímenes de guerra cometidos en Kosovo, iniciados en Tirana durante la campaña de bombardeos. Un equipo de 169 personas reunió 4.700 declaraciones de testigos, en general detallando los crímenes serbios. El informe prescinde absolutamente del «principio fundamental que afirma que el derecho humanitario internacional se aplica igualmente a todas las partes de un conflicto armado», lo cual explica por qué la OTAN se halla totalmente excluida de sus páginas: un encubrimiento atribuido de modo poco convincente «a las dificultades de investigar los crímenes [de la Alianza] y la ausencia de testigos directos disponibles que ofrecieran las pruebas pertinentes»¹⁹. La afamada capacidad del ICG de realizar una investigación meticulosa parecía que se había evaporado.

Transferencia de propiedad

El ICG vio una oportunidad sin precedentes en Kosovo para resucitar los mandatos de la Liga de Naciones; o quizás órdenes coloniales más viejas. Aplaudió la Resolución 1244 del Consejo de Seguridad que concedía a Kosovo un estatus similar al de un protectorado bajo los auspicios de Naciones Unidas y apuntó la relativa ausencia en este caso –en comparación con lo sucedido en Bosnia– de «autoridades implantadas y experimentadas dispuestas y determinadas a resistir la interferencia extranjera». El ICG quería que el EKL fuera sometido y las elecciones pospuestas. Al ponderar una presencia a largo plazo para conservar la paz, el ICG invocaba lecciones para la ocupación procedentes de la era del Imperio:

La experiencia de Bosnia como protectorado austro-húngaro, como la última experiencia de territorios sometidos a mandato, muestra que cuando un protectorado se administra de la forma adecuada puede proporcionar seguridad, estabilidad y crecimiento económico en la región sometida al mismo²⁰.

No se mencionaba la sangrienta muerte del archiduque Ferdinand ni las complicaciones internacionales que se produjeron posteriormente. Pero la elección de estos casos ejemplares indica una ambición mayor que la mera anexión de Kosovo. El día que cesó el bombardeo de la OTAN, los líderes europeos firmaron un Pacto de Estabilidad –sugerido por Joschka Fischer en medio de la guerra y lanzado con pompa en la cumbre celebrada en Sarajevo– para introducir en la región de los Balcanes la pano-

¹⁹ ICG, «Reality Demands. Documenting Violations of International Humanitarian Law in Kosovo 1999», 27 de junio de 2000. Para un análisis comparativo, véase Amnesty International, «Collateral Damage» or Unlawful Killings? Violations of the Laws of War by NATO during Operation Allied Force», 5 de junio de 2000.

²⁰ ICG, «Let's Learn from Bosnia», 17 de mayo de 1999; «The New Kosovo Protectorate», 20 de junio de 1999.

plia de las estructuras euro-atlánticas, incluidas la UE y la OMC. El ICG intentó posteriormente acelerar los cambios económicos exigidos para la asimilación. Occidente ejercía una presión considerable sobre las áreas periféricas, pero el ICG se mostró reticente a confiar la integración a la decisión democrática. En Bosnia aconsejó una presión constante por parte del Alto representante para introducir el libre mercado, condenando lo que percibía como «un apaciguamiento internacional de los funcionarios locales»²¹. En Kosovo urgía a que la Misión de Naciones Unidas «presionara a favor de la privatización» de las empresas de propiedad social de la época de Tito y garantizase a los inversores que un futuro Kosovo soberano no dejaría de reconocer sus derechos ilegalmente adquiridos²².

La absorción balcánica de la OTAN se halla en estos momentos casi completada. Albania y Croacia entraron en la Alianza en 2009; Macedonia y Montenegro seguirán sus pasos. La Serbia posterior a Milošević es un «socio para la paz» y concede a las tropas de la KFOR paso libre a través de su territorio. El presidente emérito del ICG y el enviado especial de Naciones Unidas Martti Ahtisaari guiaron Kosovo a una cuasi independencia, lo cual equivale a la custodia de la UE y de la OTAN. Un comité de dirección nutrido de todos los intereses occidentales retiene «todos los poderes necesarios» para adecuar Kosovo a su futuro de libre mercado. En efecto, observaba el ICG, los europeos disfrutaban de «una discreción total en cuanto al poder que pueden obtener de las autoridades de Kosovo», las cuales aceptaron felizmente el plan Ahtisaari anunciando en mayo de 2007 que de todos modos «no había buenas alternativas» al mismo. El ICG quiere que los garantes de la paz de la Alianza proporcionen un «fuerte apoyo» a la policía de la UE en el control de los enclaves serbios del norte. Si en realidad se logra mantener Kosovo unido está todavía por ver. Entretanto, desde su cuartel general en Sarajevo la OTAN está preparando al ejército bosnio para que se incorpore a la Alianza. El ICG propone que se conceda a Bosnia un procedimiento rápido de ingreso en la OTAN y en la UE mientras el territorio permanece bajo el mandato de Naciones Unidas²³, ha presionado a los aliados para que prolonguen su compromi-

²¹ Las condiciones eran tan duras, se lamentaba, que ni siquiera McDonald's podía obtener un lugar para establecerse. ICG, «Is Dayton Failing? Bosnia Four Years after the Peace Agreement», 28 de octubre de 1999; «Bosnia. Reshaping the International Machinery», 29 de noviembre de 2001.

²² ICG, «Kosovo. A Strategy for Economic Development», 19 de diciembre de 2001. Las ventas de activos kosovares comenzaron en 2004. El ICG también aconsejó exitosamente a la United Nations Interim Administration Mission in Kosovo (Misión de Administración Provisional de las Naciones Unidas en Kosovo, UNMIK) y a la Kosovo Force (la coalición internacional dirigida por la OTAN para garantizar la seguridad en Kosovo, KFOR) «que se hicieran rápida y categóricamente con el control» del conglomerado minero Trepca, en cuyas manos se halla uno de los yacimientos minerales más ricos de Europa. ICG, «Trepca. Making Sense of the Labyrinth», 26 de noviembre de 1999. Véase también Neil Clark, «The Spoils of Another War», *The Guardian*, 21 de septiembre de 2004.

²³ Srećko Latal, «Dayton Anniversary Finds Bosnia in Dire Straits», *Balkan Insight*, 30 de noviembre de 2009.

so de mantener las tropas, ha amonestado a Rumsfeld en 2001 por hablar de reducir la presencia estadounidense y, más recientemente, ha demandado instalaciones locales para los generales de la OTAN:

La Alianza podría arrendar una o varias instalaciones militares en Bosnia occidental para efectuar maniobras con fuego real que no puedan realizarse fácilmente en otras ubicaciones de Europa. En esa región existen áreas escasamente pobladas y conectadas a los nodos de transporte adriáticos, que son muy adecuadas para organizar maniobras con tanques y entrenamiento de montaña, que serían de gran utilidad para las tropas que se están desplegando en Afganistán²⁴.

Proporcionar un campo de tiro para la OTAN parece un triste destino para esta región desgarrada por el conflicto una década después de que Blair apoyara la guerra de Kosovo «no por el territorio sino por los valores»²⁵. Washington, sin embargo, no renunciará a las ganancias obtenidas en los Balcanes más de lo que lo hizo a cualquiera de sus bases militares de la Guerra Fría.

La Guerra contra el terror

Con la excepción de un puñado de iniciativas en Argelia, África central y Camboya, el ICG concentró su actividad en los Balcanes durante la era de la «guerra humanitaria» de Clinton-Blair. La falta de ímpetu para acometer una expansión más ambiciosa con mayor prontitud puede explicarse en cierta medida por la rotación de sus altos cargos. El primer presidente del ICG Nicholas Hinton, director ejecutivo de una organización benéfica británica, murió de un ataque al corazón tan sólo dieciocho meses después de ocupar el cargo. Su sustituto, Alain Destexhe, antiguo director de Médecins Sans Frontières, abandonó el puesto tras ocuparlo durante un periodo similar: la historia oficial habla evasivamente de «fricciones internas», añadiendo agriamente que el liberal belga «dimitió para dedicarse más intensamente a su carrera política». Gareth Evans, sin embargo, presidente desde 1999, desempeñó su puesto durante una década. Evans había estado en la primera línea de la reforma neoliberal australiana desde 1983 hasta 1996, como miembro de los gobiernos laboristas de Hawke y de Keating. Líder estudiantil en Melbourne a mediados de la década de 1960, luchó contra la censura pero abogó por la implicación de Australia en Vietnam. Su desempeño como fiscal general en 1983-1984 acabó con las pretensiones libertarias del ex estudiante de derecho, mientras que durante los tres años que ocupó el cargo de ministro de Recursos y Energía dio un giro de 180 grados respecto a la legislación prometida sobre los dere-

²⁴ ICG, «Bosnia's Incomplete Transition. Between Dayton and Europe», 9 de marzo de 2009. Gareth Evans, «Sorry, the Boys Should Darn Well Stay in Bosnia», *International Herald Tribune*, 25 de mayo de 2001.

²⁵ Tony Blair, «A New Generation Draws the Line», *Newsweek*, 19 de abril de 1999.

chos a la tierra de los aborígenes –anatema para el *lobby* minero– lo cual le hizo acreedor del mote de «ministro de los amigos».

A pesar de su áspera personalidad y de su carácter atrabiliario, accedió al Departamento de Asuntos Exteriores en 1988, donde su mandato fue definido por la especial relación tejida con Suharto. Durante su primer año en el cargo, Evans negoció el Timor Gap Treaty repartiendo el petróleo situado en la costa de Timor Oriental. «El único modo práctico de ayudar al pueblo de Timor Oriental es trabajar con las autoridades indonesias», tranquilizó a la Cámara alta australiana, añadiendo que «no existe ninguna obligación vinculante de no reconocer la adquisición de un territorio adquirido por la fuerza». Aplacó las críticas de su asesino aliado incluso después de la matanza de 400 personas en Dili en 1991: «Una aberración no un acto de política de Estado». Aunque el número de muertos en Timor Oriental fue proporcionalmente mayor al causado en Camboya por Pol Pot, la indignación moral de Evans se circunscribió a objetivos más seguros: «¿Cuántos kuwaitíes más tienen que ser asesinados, apaleados, violados [...] antes de que digamos basta?», clamó tras la invasión de Sadam. En este caso, el umbral se alcanzó fácilmente: Hawke ya había despachado unas cuantas fragatas hacia el Golfo.

Tras la derrota del Partido Laborista australiano en 1996 y de nuevo en 1998, Evans intentó escapar del tiempo muerto de la oposición. Cuando fracasó su intento de cubrir la convocatoria oficial para ocupar el puesto de secretario general de la UNESCO, viejos amigos del circuito internacional le propusieron el ICG como retiro y Evans se sumergió en el nuevo trabajo con entusiasmo. Rápidamente obtuvo dinero de Soros para nuevos destinos: Sierra Leona, con ocasión del retorno británico a su ex colonia; los Estados ex soviéticos de Asia Central, proponiendo más maniobras militares conjuntas con la OTAN; y Colombia, para ayudar en la guerra de contrainsurgencia patrocinada por Estados Unidos, que el futuro presidente del ICG Thomas Pickering acababa de reiniciar como subsecretario de Estado para Asuntos Políticos en el gobierno de Clinton. Evans también consiguió una vulgar red denominación de la doctrina intervencionista conocida como «responsabilidad de proteger» gracias a su participación en una comisión patrocinada en 2000 por Canadá de la que también formaban parte Michael Ignatieff y Klaus Naumann, el general de la OTAN que había enviado la Luftwaffe sobre Yugoslavia en 1995. El panel logró obtener una versión castrada de la «responsabilidad de proteger», que fue adoptada por la Asamblea General de Naciones en 2005 y que posteriormente fue utilizada por Rusia durante su asalto contra Georgia en 2008, para gran irritación de Evans²⁶.

²⁶ «No se aprobó resolución alguna del Consejo de Seguridad que concediera autorización legal para una intervención militar», se quejó Evans, concluyendo sin inmutarse que la «justicia vigilante siempre es peligrosa». G. Evans, «Russia and the “Responsibility to Protect”», *LA Times*, 31 de agosto de 2008.

Los atentados del 11-S, sin embargo, le proporcionaron a Evans una improvisada plataforma sobre la que construir un rol global. Aceptó de inmediato el ataque estadounidense contra Afganistán, añadiendo que la «presión será útil para emprender una acción contra Iraq»²⁷. En pocas semanas el ICG inició «una importante serie de informes sobre el nuevo terrorismo en diversas partes del mundo» y abrió oficinas regionales en Ammán e Islamabad. El ICG se adelantó a la llegada de la International Security Assistance Force a Afganistán. La campaña en el Hindu Kush supuso el estreno de la Alianza fuera de Europa y su zona de influencia así como su primera ofensiva terrestre a pesar de los anteriores esfuerzos del ICG para que intensificara su implicación en la guerra de Kosovo. El secretario general de la OTAN, Jaap de Hoop Scheffer, ligó la «relación actual de la Alianza con Asia» –los Estados vecinos de Irán, Pakistán, China así como la contigua India– a esta guerra cada vez más imposible de ganar²⁸. Bush inicialmente garantizó la no presencia de tropas estadounidenses en la capital, fundamentalmente como una deferencia para con Karzai respecto a su seguridad. La protección de éste quedó en manos de la OTAN, cuya competencia en este campo había perfeccionado en la República Srpska protegiendo a la líder nacionalista extremista Biljana Plavšić de sus oponentes, mientras que las fuerzas estadounidenses se concentraban en los reductos talibanes. El ICG presionó para que la International Security Assistance Force expandiera considerablemente su tamaño e incrementaran su radio operativo, dado que prefería «tropas internacionales de tierra desplegadas sobre el terreno» a la predisposición mostrada por Washington a confiar en señores de la guerra cooptados²⁹. En estos momentos se hallan desplegados más de 85.000 efectivos bajo el mando de la Alianza –incluidos algunos centenares de los nuevos miembros balcánicos de la OTAN– concentrados en las áreas tranquilas del sur y del este.

Aunque la insurgencia afgana cuenta entre sus miembros con muchos viejos amigos muyahidines de los intervencionistas de la Guerra Fría ahora en el ICG, la organización parece no tener más idea de la impopularidad inextricable de la ocupación que los propios aliados. El ICG propone una solución política –más controles al poder ejecutivo– al tiempo que conserva su fe en el deteriorado Karzai, entendiendo que el presidente-cliente podría reformar de algún modo su propio gobierno corrupto³⁰. El ICG exige como es

²⁷ Texto del discurso pronunciado en el Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington DC, 14 de noviembre de 2001; disponible en la página web del ICG.

²⁸ The Brookings Institution, «Afghanistan and NATO. Forging the 21st Century Alliance», 29 de febrero de 2008; disponible en su página web.

²⁹ Véase el testimonio del primer vicepresidente del ICG ante el Subcomité para Oriente Próximo y el sur de Asia del Comité de Asuntos Exteriores del Congreso, 2 de abril de 2008; disponible en la página web del ICG.

³⁰ Tras la debacle de las elecciones de 2009, el ICG comentó: «Con la legitimidad de su presidencia ahora puesta en duda, Karzai se enfrenta a una prueba crucial de su predisposición a poner fin a su dependencia de la corrupción y el amiguismo en pro de la construcción de un genuino legado político». El ICG escogió como chivo expiatorio al jefe de la misión de Naciones Unidas, Kai Eide, que fue apeado de su puesto a principios de este año. «Afghanistan. Elections and the Crisis of Governance», 25 de noviembre de 2009.

habitual más tropas y una ocupación a largo plazo, aun reconociendo que los ataques aéreos de la OTAN se enfrentan a la oposición de la población del país. El ICG se ha opuesto ruidosamente a cualquier tipo de sugerencia de una retirada o de una paz negociada, confiando en que el incremento de tropas decidido por Obama haga posible una improbable victoria³¹.

Hacerse global

La implicación del ICG en la Guerra contra el terrorismo produjo un vigoroso aumento en la financiación pública, con contribuciones que llegaron a los 2 millones de dólares en 2001, a 4 millones en 2003 para alcanzar los 7,5 millones en 2008, de acuerdo con sus Informes anuales, lo cual hizo posible la presencia de la organización en cuarenta países en 2003 y en cincuenta en 2005. Las relaciones con algunos aliados pueden complicarse y así, a pesar de su valioso trabajo preliminar sobre Jamaah Islamiyah, dos analistas en Indonesia fueron expulsados por el jefe de inteligencia de Megawati durante el periodo electoral de 2004, tras mencionar casos de corrupción militar y cuestionar las tácticas seguidas en Aceh y Papúa. Pero el ICG apoya con denuedo a Estados Unidos en sus particulares esfuerzos bélicos. Rastrear la labor de consultoría del ICG a través de su tupida red, aunque resultaría instructivo, excede el ámbito de este artículo. A continuación nos centraremos, pues, en las áreas de conflicto geopolítico sobre las que hasta la fecha el ICG ha publicado en nuestra opinión sus consejos bélicos más provocadores.

El ICG se aproximó a Palestina/Israel en 2002, coqueteando con las visiones neoconservadoras de las operaciones «antiterroristas» estadounidenses en Cisjordania. Su responsable para Oriente Próximo, el ex ayudante de Clinton Robert Malley, acababa de colaborar con el ex asesor de Arafat Hussein Agha en la redacción de un informe exculpatorio de las conversaciones de Camp David: «Una oportunidad desperdiciada por todos, menos intencionadamente que por error»³². Viejos muñidores del «proceso de paz», Malley y Agha procedieron a diseñar la futura política del ICG en *Foreign Affairs*, sin alarmar particularmente a los lectores de la revista. Recomendaron que el gobierno de Bush impusiera «un acuerdo final integral y no negociable» de contornos similares a los parámetros planteados *in extremis* por Clinton en diciembre de 2000. Su plan garantizaba a los israelíes que «no se produciría un retorno a las fronteras de 1967»: Tel Aviv retendría el 78 por 100 de la Palestina capturada en 1948-1949, se anexaría la parte del león ocupada por sus colonos en Cisjordania a cambio de territorios densamente poblados por árabes a los cuales podrían incorpo-

³¹ Samina Ahmed, «Talking to the Taliban is Foolish», *Financial Times*, 24 de julio de 2008. ICG, «Afghanistan. New US Administration, New Directions», 13 de marzo de 2009.

³² Hussein Agha y Robert Malley, «Camp David: The Tragedy of Errors», *NYRB*, 9 de agosto de 2001.

rarse los refugiados palestinos, y renunciarían al resto a cambio de un «Estado» palestino desarmado y desarticulado que sería vigilado y garantizado por fuerzas de paz de dirigidas por Estados Unidos: 25.000 efectivos de acuerdo con la versión oficial del ICG, número idéntico al deseado para Afganistán en un principio. Malley y Agha observaban que Israel podría sentirse más tranquilo en cuanto a su seguridad gracias a la invitación a unirse a la Alianza del Atlántico Norte³³. El ICG continuaba especulando sobre si una fuerza internacional podría, en vez de tutelar a la Autoridad Palestina, en realidad suplantarla: principalmente como parte de un acuerdo de paz, pero probablemente como preludeo para imponer la reforma sobre Ramala y ahorrar a Israel las «peligrosas y costosas» incursiones en Cisjordania. El ICG citaba de pasada la propuesta del ex asesor de Clinton y subdirector de la AIPAC, Martin Indyk, de «un fideicomiso dirigido por Estados Unidos» en Palestina. «El único inconveniente», explicaba Indyk en *The Washington Post*,

es que exigirá que Estados Unidos y sus aliados se enfrenten a las organizaciones terroristas palestinas, exponiendo a las tropas estadounidense a los hombres bomba cuando participen en acciones militares en las ciudades palestinas y en los campos de refugiados que han hecho recaer el oprobio internacional sobre Israel³⁴.

La reacción violenta que se desencadenaría si las potencias occidentales prestasen ayuda a su aliado israelí en una confrontación armada abierta contra Hamas probablemente excedería todas las consecuencias que Occidente ha padecido hasta la fecha en la región; sin embargo, la propuesta del ICG fue aceptada oficialmente: «munición» para el «campo de la paz», dijo Blair, «mucho más atractiva para todos que el *statu quo*»³⁵.

Dada su aquiescencia a la presencia de la OTAN en Cisjordania, el ICG no se sintió en absoluto intimidado ante la invasión anglo-estadounidense de Iraq en 2003. El Grupo no expresó oficialmente su posición, pero Evans concedió su aprobación a la bufonada de la inspección de armas auspiciada por Naciones Unidas, escribiendo en el *International Herald Tribune*:

Lo que espera ahora la mayoría de la comunidad internacional, y tiene toda la razón para hacerlo, es una resolución contundente que deje claro que aun-

³³ H. Agha y R. Malley, «The Last Negotiation: How to End the Middle East Peace Process», *Foreign Affairs*, mayo-junio de 2002. Las prescripciones territoriales son las habitualmente defendidas por las potencias occidentales: véase el cristalino análisis de Edward Said, «Palestinians under Siege», *LRB*, 14 de diciembre de 2000. Malley y Agha no esperaban una «gran iniciativa diplomática» de Obama, pero confiaban en una intensificación de las relaciones públicas en el mundo árabe. H. Agha y R. Malley, «Obama and the Middle East», *NYRB*, 11 de junio de 2009.

³⁴ M. Indyk, «A US-led Trusteeship for Palestine», *The Washington Post*, 29 de junio de 2002. Véase también ICG, «A time to lead. The international community and the Israel-Palestine conflict», 10 de abril de 2002; «Middle East Endgame», 16 de julio de 2002.

³⁵ Reproducido entre otros comentarios escogidos de la página web del ICG en 2002.

que la destrucción del régimen puede no ser el objetivo, la destrucción de los recursos bélicos de Iraq ciertamente sí lo es, y que en el caso de que no se cumplan las exigencias planteadas, ese objetivo se logrará con independencia de la dureza militar que exija la operación.

En una clara advertencia a los disidentes, Evans añadía que «si otros actores importantes se oponen a este planteamiento, luego les resultará mucho más difícil quejarse de que Estados Unidos actúa por su cuenta»³⁶. Para una organización que juraba que deseaba evitar el uso de «la fuerza mortífera e ilegal en los conflictos» dar su aprobación tácita para otro asalto ilegal encabezado por Estados Unidos fue lamentable. El resultado ciertamente desmintió las buenas intenciones de la fórmula de la «responsabilidad de proteger»: la ocupación ha demostrado ser más mortífera que muchas otras *causes célèbres* del grupo³⁷. A partir de ese momento el ICG pareció sentirse desbordado en Bagdad, un escenario demasiado inestable para los métodos puestos a punto en el teatro de los Balcanes. El ICG pensaba que un frente político de Naciones Unidas sobre los asuntos no militares podría «desamericanizar» la ocupación, aceptando que la ONU podría atraer sobre sí represalias. El ICG mantuvo esta opinión tras el ataque de agosto de 2003 contra el complejo de Naciones Unidas –un castigo por la relativamente baja intensidad de la colaboración del representante especial Sergio Vieira de Mello– y argumentó de forma macabra que una función de apoyo valiosa y peligrosa merecía una «responsabilidad compensatoria». A pesar de la asombrosa mala administración, el ICG conservó su simpatía por la «ingrata» tarea de Estados Unidos, recuperando la cita del propio manual de contrainsurgencia del Pentágono como posteriormente haría en Afganistán³⁸. La estrategia resultó exitosa para el ICG: «No sé lo que haría sin el trabajo de campo, los conocimientos y la perspicacia del Grupo», afirmó el corresponsal de defensa y seguridad de la BBC en 2008 tras recibir su último informe de Iraq.

Con Bagdad capturado, el ICG ha dirigido su interés hacia Teherán y Pyongyang. El Grupo aboga por un régimen renovado de no proliferación que contemple «inspecciones intrusivas» y una «mayor capacidad de implementar sus decisiones» con el fin de imponer en el futuro esas condiciones a los Estados correspondientes. Ni la proximidad de las fuerzas israelíes y estadounidenses ni el creciente interés estadounidense y fran-

³⁶ G. Evans, «Disarming Saddam is Enough», *IHT*, 16 de septiembre de 2002. William Shawcross, todavía miembro del consejo del ICG, abogó explícitamente por el cambio de régimen. Véase W. Shawcross, «Let's Take Him Out», *The Guardian*, 1 de agosto de 2002.

³⁷ Hasta julio de 2006, el número estimado de muertes superaba las 650.000. Gilbert Burnham, Riyadh Lafta *et al.*, «Mortality after the 2003 Invasion of Iraq. A Cross-sectional Cluster Sample Survey», *The Lancet* CCCLVIII, 9545, 21 de octubre de 2006.

³⁸ ICG, «Annual Report 2004»; «War in Iraq. Political Challenges after the Conflict», 25 de marzo de 2003; «Governing Iraq», 25 de agosto de 2003; «What Can the US Do in Iraq?», 22 de diciembre de 2004. La OTAN pronto superó la angustia provocada por la invasión, organizando una misión de entrenamiento y equipamiento para el ejército iraquí en 2004.

cés en el uso «táctico» de armas nucleares alivian la responsabilidad de Irán de «demostrar sus intenciones pacíficas y de disipar las persistentes, en realidad crecientes, dudas que inspira». Si los iraníes no aceptan las «concesiones» propuestas, que son mayores que las exigidas por el Tratado de No Proliferación Nuclear, y apuestan por las amenazas y los retrasos, ello exigirá la aplicación de sanciones adicionales que finalmente desembocarán en la «imposición de regímenes de prohibición terrestres, aéreos y marítimos para impedir la importación iraní de tecnologías nucleares de uso dual». Sería complicado sellar Irán de ese modo, pero la afrenta es obvia. El ICG ha observado que una acción de este tipo sería «en algunos aspectos similar a un bloqueo, que es tradicionalmente contemplado como un acto de guerra», pero no obstante se muestra dispuesto a correr el riesgo de los eventuales actos de venganza contra objetivos estadounidenses si ello significa preservar el monopolio nuclear regional de Israel. La hipocresía, o mejor la «cuestión controvertida», de la bomba atómica israelí se aparca con cuidado en el escenario de un proceso de paz general en Oriente Próximo, que –si se permitiese al ICG mediar en él– equivaldría a un aplazamiento indefinido del mismo³⁹. En 2007 Evans avivó una vez más el fuego, explicando en el *International Herald Tribune* que aunque el plan del ICG no contempla la necesidad de un ataque inmediato,

Teherán acataría la disciplina si tuviese la certeza de que si efectúa movimiento alguno para la construcción de un arma nuclear mediante la producción de material de fusión susceptible de ser utilizado como armamento o de cualquier otro arma a la cual pueda ser acoplado éste, se desencadenaría el infierno sobre Irán. La totalidad de las de sanciones económicas tendrían un efecto inmediato y las opciones militares estarían sobre la mesa⁴⁰.

Entretanto, Corea del Norte, armada nuclearmente, ha concitado, si cabe, todavía más iras. En mayo de 2003 un «grupo de trabajo» del Consejo de Relaciones Internacionales presidido por Abramowitz y que contaba con la presencia de Solarz –entonces vicepresidente del ICG– amenazó a Pyongyang con idénticas «serias consecuencias» a las que se enfrentaba Iraq⁴¹. El ICG emitió un ultimátum, patéticamente disfrazado como la «estrategia prevista de negociación» a finales del verano de ese año, que comenzaba con la habitual sarta de garantías de seguridad por parte de Estados Unidos, pero las conversaciones se circunscriben a un periodo de seis meses, el tiempo necesario para que los refuerzos estadounidenses se concentren en el sur, como explica el informe. Si la República Democrática de Corea del Norte no entregase su bomba en el plazo ofrecido, entonces se impondrían más sanciones y embargos y eventualmente se

³⁹ ICG, «Dealing with Iran's Nuclear Programme», 27 de octubre de 2003; «Iran. Is There a Way Out of the Nuclear Impasse?», 23 de febrero de 2006.

⁴⁰ G. Evans, «It's Not Too Late to Stop Iran's Bomb», *IHT*, 16 de febrero de 2007.

⁴¹ Mort Abramowitz, James Laney *et al.*, «Meeting the North Korean Nuclear Challenge», Council on Foreign Relations Task Force Report 45, mayo de 2003.

produciría una invasión estadounidense a gran escala, siempre que China y Japón diesen su consentimiento. «Cualquier conflicto militar en la península coreana sería una catástrofe», observaba rebosante de humanidad el ICG; sin embargo,

frente a esta eventualidad se presenta la posibilidad de que Pyongyang disemine y suministre a otros países y grupos terroristas material fisible y bombas nucleares, haciendo inseguras todas y cada una de las ciudades del mundo. Si las probabilidades de que se produzca tal daño son reales, la opción militar, aun terrorífica, debe estar sobre la mesa⁴².

El ICG está elevando los envites respecto a una población que ha vivido bajo la amenaza de un ataque nuclear desde el ruido de sables de Truman y MacArthur. Evans se retiró del grupo en 2009, pero continuó la hipocresía nuclear como copresidente de un comité que debe rendir su informe en la conferencia de análisis del TNPN. Todos los celebrados doble estándares sobrevivieron a su ulterior escrutinio: Estados Unidos y Rusia deben reducir sus enormes arsenales, si bien el desarme total «no puede especificarse de modo creíble en esta fase». Los Estados que ejerzan su derecho de retirada del TNPN deben arrostrar «consecuencias punitivas», mientras que los renegados aceptables –Israel, India y Pakistán– merecen el pleno acceso al lucrativo mercado nuclear mundial⁴³.

La contraproliferación es el pretexto preferido por Occidente para la acción militar en el nuevo siglo y Evans y su ICG son participantes incendiarios en el juego. Todavía deben obtener, sin embargo, el reconocimiento habitual por tales trabajos: ambos han estado a un paso de conseguir el Premio Nobel de la Paz⁴⁴.

Tan sólo una comunidad política y unos medios de comunicación conformistas y conservadoramente complacientes con el aventurerismo de la OTAN podrían confundir el ICG con una ONG enérgica pero esencialmente comprometida con la causa de la paz, como si se tratara del ala armada de Amnistía Internacional. La organización no parece no gubernamental en absoluto. Su incansable defensa y promoción de las campañas

⁴² ICG, «North Korea. A Phased Negotiation Strategy», 1 de agosto de 2003.

⁴³ Gareth Evans y Yoriko Kawaguchi, International Commission on Nuclear Non-proliferation and Disarmament Report, «Eliminating Nuclear Threats. A Practical Agenda for Global Policymakers», noviembre de 2009. Klaus Naumann se contó de nuevo entre los colaboradores de Evans. El general retirado había efectuado su propia contribución específica al desarme en un artículo publicado por un *think-tank* sobre el futuro de la OTAN, sosteniendo por el contrario que «el uso en primer lugar de armas nucleares debe permanecer en el repertorio de la posible escalada como el instrumento último para impedir el uso de armas de destrucción masiva [...] ya que simplemente no existe ninguna perspectiva realista de un mundo libre de armas nucleares». K. Naumann *et al.*, «Towards a Grand Strategy for an Uncertain World», Noaber Foundation, 2007, pp. 94-97.

⁴⁴ Véase Lars Bevinger, «Nobel Prize Winner to be Revealed», 13 de octubre de 2006, en la página web de la BBC.

de los Balcanes y de Afganistán, así como su entusiasmo –que sobrepasaba el de los miembros de la Alianza– por la apertura de nuevos frentes se asemejan más a funciones subcontractadas del Pentágono. Dado el historial de servicio del personal que nutre los altos puestos del grupo, la semejanza no es casual. La nueva presidenta del ICG Louise Arbour no ha cambiado de dirección. Ella ya defiende una permanencia prorrogada de Estados Unidos y de la OTAN en Bosnia; sin duda otras ubicaciones estratégicamente útiles serán igualmente ordenadas⁴⁵. Arbour, por supuesto, tiene su propio perfil: fiscal jefe del Tribunal de La Haya para la antigua Yugoslavia, gozó de la productiva colaboración de los socios de la OTAN mientras la Alianza libraba una guerra ilegal en Kosovo con total impunidad. La balanza de la justicia se alinea de este modo tan siniestro con el equilibrio de poder en la política internacional. Hacerlas iguales no es una tarea menor, pero desprenderse de malos consejos sería ya un inicio.

⁴⁵ Louise Arbour, «Bosnia's Continuing Chaos», *Foreign Policy*, 18 de noviembre de 2009.